

DE LO NUESTRO

Historias Heterodoxas

Para el último viaje

Narciso Piñera, dueño de una funeraria en Mieres en los años 30, ofreció un convite para presentar la primera carroza fúnebre de la villa



Ernesto
BURGOS
HISTORIADOR

Los clientes que comían tranquilamente en el restaurante Casa Antonio el 6 de julio de 1931, pocas semanas después de que se hubiese proclamado la República, asistieron asombrados a las palabras que un hombre rigurosamente vestido de negro pronunció desde la cabecera de una mesa larga donde un grupo de amigos celebraba un curioso acontecimiento. Se trataba de don Narciso Piñera, propietario de una de las dos funerarias que en aquel momento trabajaban en Mieres y pagador del convite, quien alzó su copa para brindar “por un último viaje digno y adaptado a los nuevos tiempos”, que fue acogido con aplausos.

En efecto, el representante de la aseguradora de decesos El Ocaso había convocado a sus clientes más queridos para comunicar la adquisición de la primera carroza fúnebre con que iba a contar la villa y que todos ellos ya podrían usar cuando les llegase el momento para ser trasladados hasta el cementerio. El bonito y artístico vehículo se acababa de presentar recibiendo grandes elogios tras circular por las calles de la población y aunque no conocemos con exactitud su marca original, sí sabemos que fue adaptado en los talleres del industrial don Narciso García, y que tuvo que ser un automóvil Hudson o un Maxwell, puesto que un año más tarde Piñera se anunciaba con modernas carrozas de las dos fábricas para sus servicios tanto en Mieres como en Sama.

Esta anécdota me da pie para recordarles ahora algunos detalles curiosos sobre los entierros que han ido apareciendo en otras ocasiones en esta página, comenzando por el más reivindicativo, que superó por sus características a otros en los que hubo gaitas, músicas de todo tipo, discursos inflamados y hasta cargas policiales en varias ocasiones.

Me refiero al de Tiburcio Bareda, un minero que falleció en Figaredo en abril de 1922 a los 42 años, cuando aún se estaban organizando el recién nacido Partido Comunista y el Sindicato Único de Mineros y cuyos camaradas cumplieron su último deseo pintando el ataúd de rojo. Como la tendencia aún era minoritaria en el valle, apenas un centenar de jóvenes acompañaron a Tiburcio por la carretera desde su casa hasta el ce-



El bonito y artístico vehículo se acababa de mostrar, recibiendo grandes elogios, tras circular por las calles de la población. Fue adaptado en los talleres del industrial Narciso García

menterio civil de Turón, porque en Figaredo sólo existía un camposanto, que como su nombre indica estaba reservado a los católicos; allí cantaron la Internacional y su viuda recibió las escasas 42,85 pesetas recaudadas como ayuda entre sus compañeros de causa mientras el colorido féretro quedaba para siempre bajo la tierra.

Hasta donde sabemos, a pesar de que el ateísmo ya estaba muy extendido en la segunda mitad del siglo XIX, el primer entierro laico —o “civil”, como aquí los denominamos habitualmente— que se celebró en Mieres fue el de Antonio Rodríguez Fernández, muerto en los primeros días de mayo de 1891 y al que asistieron unas 400 personas. Tras él se multiplicaron estas ceremonias, aunque en alguna ocasión fueron forzadas por las circunstancias.

Vean si no lo que sucedió en octubre de 1901 con una joven cuyo

nombre ignoramos, pero de la que sabemos que acababa de casarse con un carpintero de la Fábrica que no pudo o no quiso pagar las 10 pesetas que el párroco de La Rebollada exigía para dejarla en tierra cristiana; entonces se decidió darle un entierro civil al que acudieron unos mil vecinos entre los que abundaban los operarios de los talleres de laminación y cilindros, que pararon en solidaridad con la familia afectada y despidieron a la finada entre aplausos.

Aunque, por supuesto, la ceremonia laica que tuvo más relevancia en esta villa fue la de Manuel Llana, fallecido el 24 de enero de 1931 sin haber podido ver la inauguración de la II República. Su cuerpo se llevó a hombros desde la Casa del Pueblo hasta el Cementerio Civil de Mieres en una comitiva encabezada por la banda municipal de música y seguida por miles de mineros a los que se sumaron comisiones llegadas desde Riotinto y Madrid y también ingenieros, empresarios, políticos y gentes de la cultura, y en la que se echó de menos a Ramón González Peña, quien en ese momento estaba en prisión.

Otro mierense querido tuvo también una conducción multitudinaria: Vital Aza fallecido en Madrid el 12 de diciembre de 1912. Dos días más tarde su familia y representantes del mundo del Teatro, de la Medicina y de la Política encabezaron la solemne manifestación de duelo que llevó su cadáver por las calles de la capital hasta la estación del Norte en un carruaje, que por voluntad expresa del fina-

do estuvo exento de coronas, de manera que sobre la caja de caoba con guarniciones de metal que albergaba su cuerpo solo se pudo colocar un puñado de flores naturales.

Desde allí fue trasladado hasta Mieres en el tren correo y el 15 de diciembre de 1912 sus vecinos y destacados miembros de la cultura asturiana lo recibieron en el andén para colocarlo en una carroza a la Federica que recorrió las calles de la villa hasta La Belonga, adonde llegó precedido del clero parroquial y la banda de música del Ayuntamiento, y también de dos enormes coronas de flores, que en esta ocasión fue imposible retirar.

Lo de “a la Federica” identificaba aquellos carruajes que imitaban el lujo de la corte de Federico el Grande de Prusia, tirados por caballos y acompañados por cocheros vestidos con vistosos uniformes de estilo antiguo; aunque lo más habitual para las despedidas de los ricos o famosos fueron los faetones, de origen inglés, también de tracción animal y con una cabina cubierta y acristalada que dejaba ver la caja.

Un faetón tirado por cuatro animales empenachados, propiedad de los Orgas de Oviedo, la única empresa que entonces disponía de estos vehículos en Asturias, llevó al empresario Numa Guilhou, fallecido en su casa de El Padrún en octubre de 1890, hasta el cementerio protestante de La Fábrica, que afortunadamente aún se conserva.

Previamente su cuerpo había sido embalsamado por el médico titular de Mieres don Nicanor Mu-

ñiz Prada en presencia de don Alfredo Santos y del ingeniero Jerónimo Ibrán; colocado dentro de tres cajas cinc, plomo y caoba que tenían un cristal ovalado por donde se le veía perfectamente y expuesto al público durante tres días en el taller de laminación conocido como “de Quintana”, que fue decorado con lujosos paños negros regalados más tarde a los pobres de la comarca para que los aprovecharan confeccionando chaquetas.

Este sepelio fue seguramente el más solemne celebrado nunca en el concejo y en él se mezclaron los grandes banqueros y empresarios asturianos con condes, marqueses, capataces, ingenieros y más de diez mil empleados de sus diferentes industrias.

En la otra cara de la moneda sabemos de una conducción clandestina pergeñada por los compañeros de Celestino Martínez, fallecido el 25 de octubre de 1918 en un accidente cuando ayudaba a levantar la panadería de la cooperativa socialista “La Fiesta del Trabajo”.

Durante las obras de construcción del horno, que se hacían sin ninguna autorización, la techumbre se vino abajo hiriendo a dos trabajadores y aplastando al pobre Celestino, quien según publicó la prensa católica haciéndose eco de la protesta de su viuda, fue llevado al cementerio “como un perro, por calles extraviadas, evitando que el pueblo se apercebiera”.

Y para cerrar, un último entierro, esta vez en el valle del Nalón, que no puede dejarse de lado en la historia de la Montaña Central tanto por las circunstancias que rodearon a la defunción como por lo que sucedió durante la conducción del cadáver.

El muerto fue el vigilante José Iglesias “Pepón de Claudia”, hombre de confianza del socialista Belarmino Tomás. A los dos los tenía en el punto de mira el minero comunista de 28 años Ramón Gutiérrez, quien los acusaba de hacerle la vida imposible por su idea. El sábado 19 de noviembre de 1927 disparó contra ellos cuando estaban reunidos en una oficina con el capataz Leopoldo Fernández Nespral. Belarmino solo resultó herido en la barbilla y en un brazo, pero José Iglesias cayó muerto al instante mientras el agresor se echaba al monte.

El féretro salió desde la casa del pueblo de Sama llevado a hombros por cuatro militantes del SOMA que iban seguidos por centenares de compañeros llegados desde toda Asturias, pero cuando el cortejo pasaba sobre el puente colgante de La Oscura se rompieron los cables de sujeción, arrastrando al río a más de 600 personas. Hubo muchos heridos, aunque curiosamente, el féretro cayó en un lugar seco y con él los cuatro mineros que lo portaban, que no sufrieron más que contusiones. Luego se dijo que podía haber sido un sabotaje, pero el obligado punto final me impide aclararles la duda.